

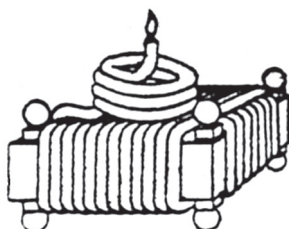
CUADERNOS

de

Etnología y Etnografía de Navarra

Enero 2014 - Diciembre 2015

AÑOS XLVI - XLVII - Nº 89
SEPARATA



José Miguel de Barandiaran y la investigación antropológica en el País Vasco (1936 a 1953)

Michel DUVERT

CONMEMORACIÓN DEL 125 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARAN

En 2014 se cumplieron 125 años del nacimiento de José Miguel de Barandiaran (Ataun, 31 de diciembre de 1889). Con este motivo la Fundación Barandiaran realizó un exhaustivo programa cultural dedicado a la difusión de la figura y la labor de este patriarca de la cultura vasca, que es como se le ha venido denominando. Entre las actividades programadas, destacó la conferencia impartida por el profesor Michel Duvert en el Musée Basque et de l'Histoire de Bayonne, que estuvo dedicada a explicar la contribución decisiva de Barandiaran a la investigación de la cultura vasca en Iparralde.

José Miguel de Barandiaran y la investigación antropológica en el País Vasco (1936 a 1953)¹

Michel DUVERT*

José Miguel de Barandiaran nació en 1889 en el barrio de San Gregorio de Ataun, en la casa Perunezarra. El euskera fue su lengua materna, mientras que el castellano lo adquirió en la escuela. Más tarde aprendió otros idiomas, entre ellos el alemán, elección que resultaría decisiva para él.

Joven estudiante de teología, tras una crisis espiritual se interesó por la historia de las religiones. Caro Baroja decía que ese joven en la veintena estaba ya familiarizado con el pensamiento de maestros de la antropología de su tiempo, hasta el punto que, desde 1913 y sin ninguna ayuda, se presentó solo en Leipzig para seguir los cursos de Psicología de los Pueblos que impartía el anciano profesor

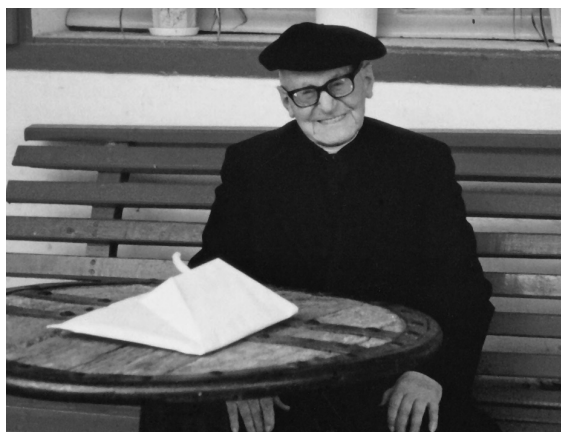


Figura 1. José Miguel de Barandiaran en el porche de Sara etxea (Ataun).

* Biologiste, Maître de Conférences H. C. Université de Bordeaux 2. Etniker Iparralde, association Lauburu (Baiona).

¹ Conferencia impartida con motivo del 125º aniversario del nacimiento de José Miguel de Barandiaran, el 27 de noviembre de 2014, en el Musée Basque et de l'Histoire de Bayonne, organizada por la Fundación Barandiaran Fundazioa. Michel Duvert es miembro del grupo de investigación Etniker Iparralde y de la asociación Lauburu. El autor agradece a Susana Irigaray la traducción de su texto, originalmente en francés.

Wundt (1832-1920). Este investigador tuvo como maestros a ilustres vitalistas, como el genial J. Müller de Berlín, quien le enseñó que la parte sensorial del cuerpo (visto como una totalidad interactiva gobernada por una especie de «espíritu del mundo») no hace más que presentar lo que llamamos «mundo» al espíritu, el cual a su vez le da forma. Wundt se apartaría de esto y se empeñaría en demostrar por la experiencia que lo que conocemos del mundo, eso que él llamaba «la física», no es más que la expresión de la acción del espíritu. Demostró experimentalmente los fundamentos de esta propuesta y Barandiaran retendría esta lección. Wundt está considerado como uno de los más grandes psicólogos de todos los tiempos. Entre sus discípulos se encuentran Durkheim, Malinowski, Boas ... y Barandiaran. Abordaremos dos tipos de problemas planteados por este creador de la etnopsicología (*völkerpsychologie*) que interesaron en gran manera al joven Barandiaran:

1. Wundt tenía en cuenta, por un lado, las funciones mentales que podríamos calificar como «supraindividuales» y que hacen posible la convivencia y su evolución. Insistía en la lengua, el arte, el mito y la costumbre (o el derecho), como dominios creados por el espíritu, que afirma así su autonomía, su libertad; también como dominios donde la actividad del espíritu nos invita al crecimiento, a ir más allá y apuntan hacia un universo suprasensible en el que se nos invita a nacer, no ya «orgánicamente», no de manera aislada, sino convivencial o, incluso, caritativa (en el sentido «pauliniano» del término). Por otro lado, Wundt hablaba de las funciones mentales particulares, que son aquellas de los individuos interactuando de generación en generación y liberando las funciones creativas que están latentes en la profundidad de nuestra condición animal.
2. Wundt apuntaba que la existencia de cada uno dentro de su grupo descansa sobre una herencia que no cesa de ser elaborada entre todos, en la búsqueda de más felicidad, de más belleza. Esta vasta empresa voluntarista que, por su magnitud, nos trasciende de nuestra condición natural (que nos «humaniza», se podría decir), se adivina mediante la comparación de la trayectoria de las diversas culturas, que son el fruto de interacciones entre entidades libres en la acción. Las culturas se presentan entonces como edificios en construcción, interactivos, que no existirían sin cada piedra que aporta su contribución particular a la obra común. Esta valoración de la relación, de lo que interactúa, condicionará mucho la actividad formal de Barandiaran, como puede verse en su cuestionario empleado por los grupos Etniker.

Así, el anciano profesor Wundt enseñará a Barandiaran que, para comprender al hombre concreto, tenía que escudriñar la red de relaciones complejas que va tejiendo sin cesar con los otros miembros de su grupo. En resumen, tenía que realizar una inmersión en su propia cultura y no en especulaciones sacadas de la lectura de libros o en testimonios fundados en el estudio de los pueblos exóticos. Sería en esta inmersión concreta entre los suyos como podría acceder a la dinámica creativa, esa forma de voluntad característica del misterio del hombre, un misterio otorgado por el mismo Dios.

Confortado por esta visión, el joven Barandiaran decidió ordenarse sacerdote, cosa que ocurrió al año siguiente, el 19 de diciembre de 1914, cuando contaba veinticinco años.

Dos años más tarde fue nombrado rector del Seminario Aguirre, después vicerector del Seminario Mayor. Paralelamente, enseñaba no solo Historia de las

Religiones, sino también ciencias experimentales: Física, Matemáticas, Ciencias Naturales y Geología. En 1932 redactó para sus alumnos la *Geología del País Vasco*, el primer texto sobre la materia. A los jóvenes seminaristas les explicaba la ciencia, la sociedad y las nuevas ideas. Les liberaba del temor y los mantenía así distanciados de los efectos de la propaganda. Intervení en la universidad católica pero también daba conferencias en medios obreros. La derecha lo consideraba un separatista; la izquierda lo tenía por sospechoso de adoctrinamiento.

Toda esta actividad no complacía a un Vaticano acosado por varios frentes, y que acababa de publicar un conjunto de encíclicas de carácter reaccionario, que condenaban sin ambages la modernidad. Lo más destacado fue indudablemente el vergonzoso *Syllabus* de 1864, que acompañaba a la encíclica *Quanta cura*, del muy dogmático Pío IX. Este mismo Vaticano había exigido en 1901 a los profesores de seminario un juramento antimodernidad. El avance de los movimientos populistas y totalitarios acentuó esta postura y sería una fuente de cuestionamiento de la Iglesia de Roma, la cual exigía sumisión, especialmente de las iglesias estatales. En marzo de 1937, en su encíclica *Divini Redemptoris*, Pío IX escribía: «el comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir, en ningún caso, la colaboración con él de nadie que quiera salvar la civilización cristiana».

UN CIENTÍFICO QUE SE PLANTEA LA INVESTIGACIÓN

Jose Miguel Barandiaran tuvo la increíble suerte de tener por maestro al mayor investigador vasco de su tiempo: Telesforo de Aranzadi (1860-1945). Los dos guipuzcoanos tuvieron contacto desde fechas muy tempranas, siendo entonces cuando Aranzadi formó a Barandiaran en las ciencias experimentales, ya que no en vano era antropólogo, matemático, musicólogo, doctor en Farmacia, doctor en Ciencias Naturales y geólogo. Aranzadi era uno de esos gigantes que produjo la ciencia del siglo XIX. En 1889 había echado mano de los métodos matemáticos para demostrar los parecidos entre los cráneos antiguos vascos y los contemporáneos, precisando el sentido de las modificaciones a lo largo del tiempo. Este famoso estudio permitió identificar un «tipo vasco», caracterizarlo con un sistema de medidas y de tendencias evolutivas expresadas por un sistema mecánico complejo (introversión del borde anterior del agujero occipital, retracción del rostro, etc.). Sus descubrimientos, que nunca han sido desmentidos, fueron reconocidos por la Sociedad Antropológica de París. Contribuyeron a caracterizar los fósiles humanos encontrados en las excavaciones arqueológicas y permitieron, de alguna manera, trazar el rastro de un «poblamiento vasco» amplio en los Pirineos, pendiente de ser confirmado por estudios serológicos y de biología molecular.

Aranzadi y Barandiaran, a los que se vino a sumar el alavés Eguren, rector de la Universidad de Oviedo, formaron un famoso trío de investigadores que condujeron al país al corazón mismo de los grandes avances culturales de su época, fundamentando el conocimiento en la coherencia y el método experimental, acabando así con el tiempo de los especuladores, los eruditos y los folcloristas, quienes confundían sus propias emociones con la realidad.

Por aquel momento, contando treinta y tres años, Barandiaran fue nombrado miembro de la Junta permanente de la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko

Ikaskuntza, en la que animaba grupos de trabajo vinculados a dos instituciones fundamentales:

- la Sociedad de Eusko folklore, que él mismo había creado en 1921. Ella fue la encargada de editar la revista *Anuario de Eusko folklore*, además de las *Hojas de Eusko Folklore*, una impagable recolección del imaginario antiguo, no solamente vasco sino europeo, que se desarrollaría ampliamente en el libro *Mitología vasca*, y más tarde en el *Diccionario de mitología*.
- El Instituto de Estudios Prehistóricos, creado junto con Aranzadi y Eguren.

De esta forma, Barandiaran culmina su proceso de poner en práctica un método científico unido a un «pensamiento pensante», cuyos frutos todavía eran insospechados. Suscribimos en este punto lo que expresó Zumalde en 1962: «Don José Miguel fue también y continúa siendo, gracias a Dios, un ejemplo para todos los que trabajan a favor de la cultura vasca. Un maestro que nos ha enseñado a pensar y a trabajar [...] pero también [un maestro] en el difícil arte de enseñar a pensar».

Intentaré a continuación definir mi visión de la forma que revestía ese «pensamiento pensante»:

siempre partimos de la situación presente, aquella que estamos viviendo. Es la única que puede ser conocida porque es demostrable e incluso «experimentable». Después, uno se adentra en el pasado (el recuerdo, los restos, los archivos) y se va remontando hacia lo que está muerto, borrado y después olvidado, perdido, a veces sedimentado en la tierra, siendo esta la materia de los historiadores y los arqueólogos. Por un juego de correspondencias, intentamos restablecer los caminos olvidados (las «trayectorias históricas»), reconstruimos los «paisajes conceptuales» destinados a ser cotejados con la observación; intentamos encontrar las conexiones perdidas para extraer de ellas lo que pensamos que fue la vida «espiritual», el contenido «vital», como decía Barandiaran. En otras palabras, buscamos principios a partir de «datos descritos y clasificados» que son significativos de las facetas del contenido vital. Investigamos las dinámicas que «han presidido su formación y su transformación a lo largo del tiempo», lo que está en el fundamento mismo de la morfología creada por Goethe.

En la 28.^a lección impartida en la Universidad de Navarra, Barandiaran volvió una vez más sobre esta idea central: la raíz de la cultura no es el medio físico, sino el hombre. Él es quien «hace la cultura» y se cultiva; la cultura es el fruto del encuentro entre las posibilidades que ofrece el medio y las tendencias que emergen de nuestro mundo interior, a través de nuestro conocimiento y tradiciones. Así se explica la pluralidad de los grupos humanos a lo largo y ancho del mundo, como decía Barandiaran.

Etnografía y prehistoria nos ayudan a sumergirnos, a contra corriente evidentemente, en el movimiento que nos hace estar en el mundo. Movimiento que restituye nuestro pensamiento reconstruyendo el sentido de la duración, que para nosotros termina en el momento del nacimiento. Lo que nos interesa no es coleccionar sin fin todo lo que se ha producido a lo largo del tiempo, cosa que no haría más que alimentar el caos enciclopédico del que gustan aquellos que confunden saber y erudición, ese saber académico destinado a formar los espíritus o a aprobar los exámenes, más que a aprender a formular las cuestiones existenciales.

Este movimiento nos desborda en todos los sentidos, nos lleva y nos constituye a un mismo tiempo. Nos coloca en el mundo y nos aleja de él, sin que nuestra voluntad pueda hacer nada al respecto, de tal manera que cada uno de nosotros está consagrado a sí mismo. Este movimiento sobrepasa nuestra propia persona, nos desborda por todas partes, como se refleja en muchos testimonios directos recogidos por Barandiaran: «*ez gira gure baitan*», una fórmula suceptible de diversas interpretaciones. Conducidos por el devenir, el hombre actor de su propia vida se reconoce cómplice de la creación y Barandiaran remarca esta poderosa sentencia: «*izena duen guzia omen da*», es decir, «todo lo que tiene nombre existe». En este vuelo prodigioso, que ningún calendario podría contener, cómo no pensar en Jung cuando declaraba, a propósito de lo que él llamaba el «inconsciente colectivo»: «No somos de hoy, ni de ayer; somos de un tiempo inmenso».

Barandiaran no nos encierra en una etnología de celebración de los «valores tradicionales». Nos perfila una disciplina que quiere ser el estudio del desarrollo del espíritu humano, que forma parte del orden del mundo; un orden que es anterior a todo observador y que persigue ser mostrado por él; un orden que conforma el mundo creando en la diversidad; un mundo que lo abarca todo. Ciencia y fe iluminan la aventura humana; oponer estas dos vías es de suicidas. La obra de Barandiaran durante los años 1930 es de una originalidad insospechada. Chillida, ese artista formidable pendiente de los enigmas de nuestro ser, tradujo en imágenes lo que estaba ocurriendo: representó una especie de pasadizo que tituló *Barandiaran lehenaren eta geroaren arteko zubia* (Barandiaran, el puente entre el presente y el pasado).



Figura 2. *Barandiaran lehenaren eta geroaren arteko zubia* (E. Chillida).

Manterola llama a esta empresa la Escuela vasca de etnología. La describe con gran detalle en la inestimable obra *Euskaldunak, la etnia vasca*. Es con esta escuela con la que nos identificamos. Esto es lo que la barbarie buscaba erradicar, como veremos a continuación.

LA GUERRA: EL CURA RECHAZADO POR EL VATICANO

La terrible guerra civil española movilizó a una gran parte de Europa. Esta guerra tuvo como consecuencia, tal y como escribe Barandiaran en su diario «destruir al pueblo vasco, matar miles de vascos, despojarles de todos sus bienes y exterminar a incontables personas honestas».

Cuando Barandiaran estaba trabajando en Itziar, en la famosa cueva de Urtiaga, el ejército golpista confiscó sus pertenencias en el Seminario de Vitoria. La milicia le buscaba, de modo que tuvo que vestir otra ropa y embarcarse en Mutriku en el *Angel de la Guarda*, con cuarenta y cinco compañeros. Desembarcaron en el muelle de Sokoa, el 21 de septiembre de 1936, a las 5 de la mañana.

Barandiaran vivió errante por varios lugares del país, siempre en buenos términos con el episcopado bayonés. En los primeros tiempos, se ocupó activamente de los refugiados que no paraban de llegar. Se integró en un grupo variado que incluía a varios ilustres vascos, entre ellos el extraordinario Ynchausti, quien le encargó recoger los testimonios del continuo flujo de refugiados. Así contamos con unos 136 testimonios directos analizados y presentados por Gamboa y Larronde en las ediciones *Bidasoa*. Estas notas acompañan el preciado diario personal publicado por la Fundación Barandiaran. Estos dos documentos presentan una cruda mirada sobre aquel abominable período durante el que el clero vasco fue especialmente perseguido. El caso de Barandiaran fue emblemático: continuamente calumniado y abandonado sin recursos, escuchó a Pío XII exaltar a los verdugos franquistas mientras hacía callar a las víctimas. El nuncio de este papa, monseñor Antoniutti, un «señorito» en palabras de Barandiaran, con quien se encontró en Biarritz, fue descrito por el sacerdote como un hombre pagado de sí mismo, con los cabellos cuidadosamente ondulados, que cruzaba las piernas al sentarse mientras mostraba sus medias de seda. Se le puede ver haciendo el saludo nazi en la foto publicada en 1963 por G. L. Steer en la obra *El árbol de Gernika - The tree of Gernika, a field study of modern war*. No hay más remedio que fijarse en la cruz que brilla al sol sobre su pecho, tan distinta de aquella que Cristo llevó a cuestas.

Durante esa época terrible, Barandiaran escribió:

en toda institución humana y en todas las ocasiones en que se puede figurar, y hay algo que pedir o ganar, los audaces –los menos dignos– a menudo alcanzan el mando y ocupan los puestos clave. Esto pasó en la Iglesia, es difícil de evitar. Los más dignos –los santos– quedan frecuentemente en el anonimato. El remedio no es el cisma, sino no pensar en la religión en términos políticos y tratar de intensificar nuestra vida interior, y ser caritativos.

Reflexiones completamente de actualidad. Por mi parte, quisiera traer a colación este pensamiento de Isaac el Sirio (siglo VII): «No desees el honor y no serás deshonorado. El honor huye del que corre tras él. Pero el honor persigue al que huye de él y proclama su humildad a todos los hombres».

En lo que le afectaba personalmente, Barandiaran escribió esto: «La Iglesia me ha abandonado, me ha olvidado, me ha arrojado al hambre, al odio y al rencor de los eclesiásticos, busca mi muerte y mi desaparición [...] el clero de Guipúzcoa ha sido la razón principal de la tardanza en mi regreso. Han hecho todo lo que estaba en su mano para eliminarme y hacerme la vida imposible [...]! Y se dicen testigos de Jesucristo; ¡Perdónalos, Dios mío!». Humilde servi-

dor caminante en la larga noche, el cura Barandiaran estaba en las antípodas de ese mundo devorado por la ideología.

Algunos miembros del clero sí fueron sensibles a la suerte corrida por Barandiaran, cosa que les honra. Avisado el *abbé* Breuil de la llegada del cura vasco a suelo francés, le llamó con el pretexto de que asistiera a un nuevo curso impartido por él en el Colegio de Francia, en París. Barandiaran aprovechó la ocasión para conocer los museos parisinos. Breuil le conocía desde 1918 y le apreciaba hasta el punto de haberle puesto en contacto con Obermaier, por entonces a cargo de las excavaciones de Altamira. Breuil también le presentó a Teilhard de Chardin en el *Institut de Paléontologie Humaine*. Cabe imaginar a este extraordinario trío de religiosos, hombres totalmente de Iglesia, pero en las antípodas de un Vaticano enmohecido. Basten las palabras del lúcido y valiente jesuita Teilhard de Chardin, escritas el 3 de noviembre de 1935: «Los teólogos están serenamente sentados sobre un volcán, o una sima que no parecen percibir [...] A mí me dan completamente igual los teólogos. Solamente rabio viéndoles mantener el cristianismo en un estado de infantilismo que asquea a los gentiles [...] y creyendo que satisfacen al mundo paseando por los continentes una imagen de Fátima...».

BARANDIARAN SE ASIENTA Y SE PLANTEA EL PROBLEMA DE UNA ACTIVIDAD CIENTÍFICA ORGANIZADA Y RECONOCIDA

A finales de 1937 Barandiaran es enviado a la parroquia de San Carlos en Biarritz, donde permanecerá hasta la llegada de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. El 29 de noviembre de 1940 recibe la autorización del subprefecto para instalarse con su sobrina Pilar en el pueblo de Sara, en Ibarsoroberria, la casa de la señora Adine, una escritora flamenca, de soltera Coucke. De allí se mudará a Bidartia, una casa prestada por el doctor Sansinenea. En Sara, Barandiaran vivirá durante siete años, dejando huella de su presencia.



Figura 3. La casa Bidartia en su estado actual.

En 1951, en cumplimiento de un voto, el doctor hizo edificar junto a su casa un pequeño oratorio dedicado a san Miguel. Barandiaran dirigió su construcción y su decoración. A su vez, años más tarde él se llevaría a Ataun una parte de Sara, cuya cruz de cementerio está grabada en la estela discoidea que indica la tumba del cura y su sobrina.

El pequeño grupo de refugiados del que Barandiaran formaba parte, se dio cuenta de que la presencia de un hombre como él debía servir para poner en marcha una tarea que tuviera una verdadera dimensión social. En enero de 1937, Ynchausti le invitó a organizar un plan de investigación con el apoyo de varios entusiastas, especialmente del muy activo padre Blazy.

Pero, ¿qué investigación? ¿con quién ponerla en marcha? ¿dónde organizarla? En ese momento estábamos lejos del excelente consejo dado por Manex Goyhenetche en 2009: «En Historia, como en otras ciencias humanas y sociales, el discurso sobre la verdad es un discurso de investigación». Barandiaran había desembarcado en un desierto donde la expresión «cultura vasca» no tenía sentido, como demuestran estos cuatro ejemplos emblemáticos:

1. Excepcionales pioneros, como el padre Webster y, sobre todo, Humboldt, habían señalado el camino de un realismo de tipo científico. No fueron comprendidos y, además, Humboldt solo publicó en lengua alemana.
2. Algunos raros eruditos valoraban los archivos y se concentraban en exceso en los textos antiguos, a falta de algo mejor. Goyhenetche les dedicó su famoso estudio *Les Basques et leur histoire, mythes et réalités*. El más ilustre de ellos fue D'Oihenart y su magistral *Vasconie*, obra rehabilitada por De Jaurgain.
3. La estricta erudición, teñida de las modas de su tiempo, como en la obra de F. Michel, corría el peligro de confundir opinión con ciencia.
4. Las tentativas más sinceras de comprender nuestro país estaban radicalmente supervisadas por los garantes de la «ortodoxia parisina», como los calificó el canónigo Lafitte. Ese fue el caso del emblemático *Congrès de Donibane* de 1897. Se celebró «en el marco inmutable de la unidad francesa», como subrayó el propio Lafitte. En efecto, ese congreso se desarrolló en presencia de un representante del ministro de Instrucción Pública, de un general, del prefecto y del obispo. ¿Qué podría haber nacido en semejantes condiciones?

Como en un coto privado, la identidad vasca se había convertido en la presa de los descreídos, conformistas, socialmente bien posicionados, llenos de títulos y diplomas. Un caso típico fue el de Vinson. Este brillante vascólogo amaba a los vascos como otros aman las mariposas expuestas con alfileres en las cajas de los coleccionistas, bien herméticas y perfumadas de alcanfor. En 1882 había escrito textos que no le honran pero que eran admitidos sin contestación. Pensemos que esta fue la primera lectura de Barandiaran en nuestra tierra, donde se topó con cosas como esta: «una tribu poco numerosa, refugiada desde hace siglos en un rincón de las montañas franco-españolas, sin civilización, sin historia [...] espécimen olvidado de esas razas incultas [...] los vascos han sido civilizados, formados, educados por pueblos intelectualmente superiores».

Pero no todos compartían estas exageraciones. Una investigación digna de tal nombre se rastrea en el *Bulletin de la Société des Sciences et arts de Bayonne*,

o en revistas efímeras y, de manera más regular, en los dos boletines asociativos *Gure Herria* y el *Bulletin du Musée basque*, dirigidos respectivamente por MM. Dassance y Boissel. J.-Cl. Larronde, quien ha trabajado sobre esta época («La culture basque sous l'occupation», *Eusko-Ikaskuntza*, artículo en prensa), ha demostrado que en público la toma de conciencia de una identidad vasca militaba fundamentalmente en el segundo *Aintzina* y en *Eskualdun gazteen batasuna*, al frente de los cuales se encontraba el inolvidable Legasse, además de Goyheneche y Labéguerie, sin olvidar a Iratzeder y el padre Lafitte. Este último pidió a Barandiaran colaboración en *Gure-Herria* a partir de mayo de 1938. Lafitte recogió una gran cosecha de datos que vertió en sus almanaques, todavía pendientes de una recopilación global.

En ese momento, se produce un acontecimiento que juzgo esencial. A lo largo de esos años, Lafitte publicó un tesoro de nuestra cultura, *Amattoaren uzta*, obra de la saratarra Mayi Ariztia. Animada por el padre Donostia, esta investigadora consignó, sin ningún tipo de cambios, los relatos recogidos directamente de sus informantes expresándose en el vasco de Xareta. Es esta una colección de relatos maravillosos contados por los campesinos y relatores del país, como Josepe Amorena. A la manera de Barandiaran, la señora de Lehetxipia los recogió: «dena izanen da gure Eskuararen onetan, haren maitarazteko eta hedarazteko, Jainko maiteak hala nahi duelarik!» («Todo sera para mayor honra de nuestro euskera, para amarlo y acrecentarlo, Dios mediante»). Esta obra será lamentablemente un caso único pero muy valorado no solo por su contenido sino, como subrayó Caro Baroja, por las formas dialectales que constituyen testimonios únicos en vías de desaparición (por necesidades del vasco moderno) que son un tesoro para los lingüistas.

La llegada de Barandiaran no solamente despertó sino que también reactivó estas iniciativas aisladas. Fue una especie de sismo porque el sacerdote se empeñó en organizar una verdadera investigación vasca en semejante desierto. ¿Cómo lo hizo? Barandiaran pone en marcha un conjunto de acciones que tienen como sedes su propia casa en Sara y el Museo Vasco de Bayona:

1. Un centro abierto donde la información circula y hay una biblioteca.
2. Un grupo de investigación compuesto por colaboradores ocasionales o no. En el seno de este grupo se va construyendo la investigación, se deciden los temas y los medios para realizarla; se recogen los resultados y se prepara su publicación en revistas especializadas o de divulgación.
3. La difusión de lo recopilado mediante textos, congresos y diversos eventos, puesta en valor de las colecciones del museo, enseñanza y formación.

Hacia 1938 Barandiaran crea el *Laboratoire d'ethnologie & Eusko-folklore*; se trataba de un núcleo que agrupaba a sus colaboradores, autores de los trabajos originales. En él estaban integrados Boissel, Garmendia, P. Dop (hermano de Henri Dop, otro famoso historiador), Veyrin y Elso, Descheemaeker y algunos otros, a menudo con menos disponibilidad. Su sobrina Pilar se ocupaba de la secretaría. En el seno de este grupo continuó desarrollándose una intensa campaña de encuestas etnográficas y de investigaciones prehistóricas.

En etnografía, el grupo centró su investigación en Sara-Zugarramurdi-Ainhoa, Espelette e Itxassou, San Esteben-Hélette-Iholdy, Aldudes, Uhart Mixe, Saint Just y Laguinge. En el curso de esas encuestas,

Barandiaran empleó las herramientas más novedosas: grabación de los cantos y de las narraciones, toma de fotografías, incluso filmación de películas. Contaba cómo había hecho mucha bici y moto, además de múltiples viajes en autobús y marchas a pie durante kilómetros por los fondos de valle. En esos lugares perdidos yo he tenido la suerte de ver, junto con el dueño de una casa de la zona, los cromlechs y un dolmen que Barandiaran había descubierto con su ayuda.



Figura 4. Uno de los dólmenes de Sara descubierto por P. Dop en las laderas del Akoka, identificado por Barandiaran.

De esta manera se formó un grupo de expertos que, reunidos el 13 de mayo de 1939 en el Museo Vasco de Bayona, crearon una Sección de Folklore presidida por P. Dop y con Barandiaran como vicepresidente. En ella estaban Boissel y L. Dassance, por entonces director de *Gure Herria*, además de otros investigadores como Elso y Haulon. Esta sección se asoció a los trabajos del *Musée des arts et traditions populaires* y a los de la *Société française de folklore*. Como se ve, este grupo funcionó como un verdadero consejo científico que nosotros reclamamos desde hace años para el actual museo.

El boletín que daba a conocer el avance de las investigaciones era *Eusko-folklore*, si bien el *Bulletin du Musée Basque* tomó parte en esta empresa, lo mismo que *Herria*, fundada en 1944, y que editó también algunas separatas de *Eusko-folklore*. En estas publicaciones, las narraciones se transcribían en los dialectos de los informantes, pero los textos estaban en castellano. Esto resulta sorprendente para algunos pero no hay que perder de vista que la ciencia es una producción social: un saber no difundido, no compartido, no es un saber científico. Los valiosos dibujos de Leonardo da Vinci quedaron en colecciones particulares y, por lo tanto, no tuvieron la más mínima in-

fluencia en los conocimientos y las prácticas de su tiempo. Todo lo contrario que Vesalio. Sin embargo, Barandiaran publicó síntesis en euskera (*Euskal-erriko leen gizona*, por ejemplo, cuando debutaba con su investigación), lo que es de importancia capital para hacer avanzar el mundo conceptual vasco y asegurar nuestro conocimiento de lo que nos rodea. Ahí está su obra *Gizabidea*, escrita en sus últimos años, una especie de testamento que resume bien su sentimiento.

Una vez puesto en marcha esto en Iparralde, quedaba ocuparse del futuro de Hegoalde. El 27 de junio de 1938, Barandiaran reunió en su casa a cuatro colaboradores para solicitar a todos los investigadores antaño agrupados en la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza, que remitiesen el estado de sus trabajos y proyectos, además de redactar un proyecto común para el que solicitó el apoyo del mecenas neoyorquino Instituto Rockefeller, a falta de una institución vasca.

Pero no se conformaron con eso. Un mes más tarde, se les ocurrió reunir a todos los vascólogos dispersos por el mundo en el seno de una asociación a la que llamaron *Eusko Yakintza*, *Société des Recherches et des études Basques*, a la manera de la antigua SEV-EI. Asignaron tres tareas a esta sociedad: organizar la investigación; asegurar su publicación; e involucrarse en la divulgación. El pequeño grupo se estructuró en torno a dos presidentes: Barandiaran por Hegoalde y, para Iparralde Lacombe, entonces miembro de la *Académie de langue basque* y secretario de la *RIEV* desde 1907. De esta manera agruparon las siete provincias para un nuevo comienzo, contando todavía entonces con un Gobierno vasco en el ejercicio de sus funciones y con la derrota del ejército sublevado.

A comienzos de 1939, Franco entra en Madrid y toda ilusión de retorno se esfuma.

LA VUELTA AL TRABAJO

Antonio Machado escribió: «todo hombre libra dos combates: en sueños se pelea contra Dios; despierto, lucha contra el mar». También Barandiaran puso rumbo a alta mar y retomó sus dos actividades principales: la prehistoria y la etnografía. Desde Sara, una esperanza iluminó nuestra noche.

En el campo de la prehistoria la notoriedad del sacerdote era tanta que en 1952 fue nombrado miembro de la *Commission supérieure des monuments historiques*. El ministro de Educación Nacional le encargó el censo de los megalitos del Departamento de Basses-Pyrénées, además de las estelas discoideas. Más tarde será nombrado delegado de la *Société préhistorique française*. Su colaboración con Laplace especialmente estuvo en el origen de muchas aportaciones decisivas.

Es necesario hacernos una idea de la amplitud del trabajo en este ámbito. Antes de su venida, a excepción de Saint Périer y de algunos prospectores aislados, no se conocía casi nada sobre prehistoria. Como consecuencia de su paso por el territorio se catalogaron veintiocho dólmenes, cuarenta cromlechs y cuatro menhires. De hecho, descubrió muchos más. Sus investigaciones fueron desarrolladas en Isturitz por el equipo reunido en torno a la señora Darricau, en Soule por Boucher, Ikertzealeak y Tomin Ebrard; en el campo del megalitismo por el doctor Blot y por el general Gaudeul en el

mundo de los castillos. Tantos y tantos autores a los que Jean Haritschellar abrió generosamente el *Bulletin du Musée Basque*.

Las cuevas de Sara conservan también la huella de Barandiaran y el doctor Blot edificó en este sitio un «parque megalítico». El pueblo de Larceveau abrigó un centro de interpretación de la estela discoidea, también único en su género. Estas obras testimonian la aportación del trabajo de Barandiaran. Pero hay más: por primera vez teníamos una visión general auténtica y aumentada de la cuna de nuestra cultura. Las máscaras ideológicas de las que la escuela nos reviste, se caen. La ignorancia da un paso atrás. ¿No es el objetivo de la ciencia combatir la ignorancia y reducir nuestra incertidumbre sobre el mundo? Tomemos por ejemplo las figuras 82 y 83 de su obra clásica *El hombre prehistórico en el País Vasco*: pertenecen al período eneolítico y en ellas vemos el recorrido de nuestra cultura pirenaica hace más de cinco mil años. Topónimos vascos ligados a un mundo pastoril estructurado, tipos humanos de acuerdo con el tipo vasco caracterizado por Aranzadi. Es ahí donde emerge nuestra aventura humana, en el fondo de la noche de nuestra ignorancia.

En el terreno de la etnografía, aprovechó estos años para acabar su estudio de las formas de vida en Sara. Es el único estudio de este género que Barandiaran llevó personalmente de principio a fin. Constituye una referencia para nosotros y para todos los que quieren conocer los modos de vida de una época autárquica.

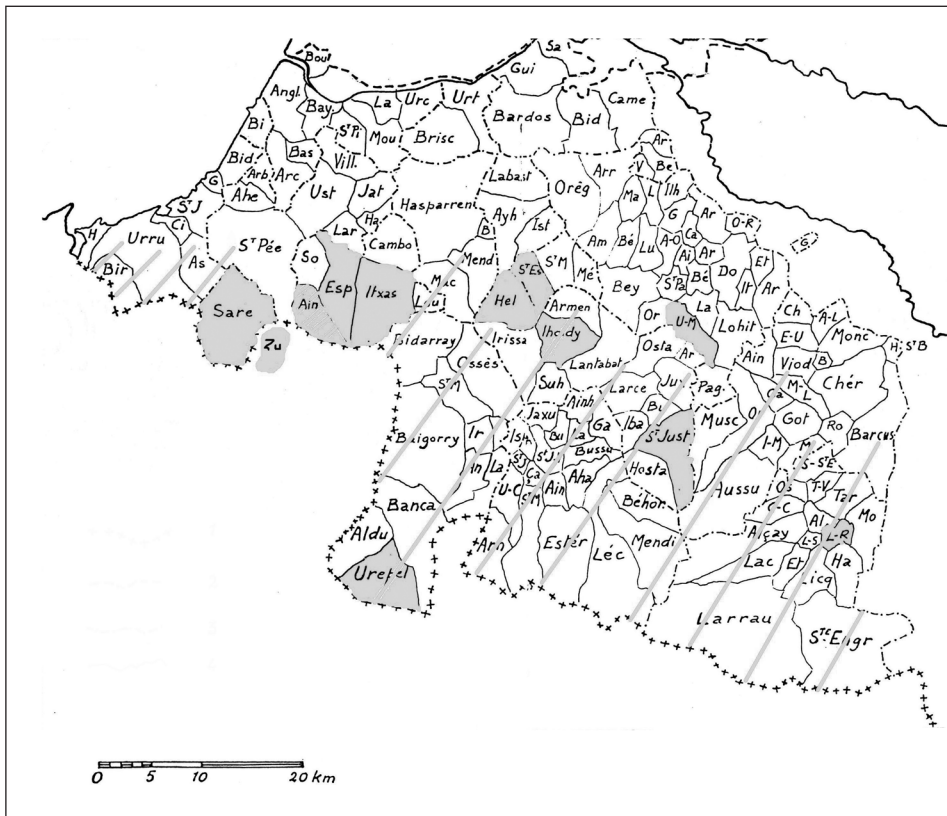


Figura 5. Mapa de Iparralde con las localidades donde Barandiaran hizo encuestas completas y las zonas donde exploró los sitios pre y protohistóricos.

En medio de esta actividad es donde maduraron dos grandes proyectos: el Instituto Ikuska y el relanzamiento de la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza, que llevó aparejada la futura *Revista Internacional de Estudios Vascos*, los congresos internacionales y el proyecto universitario. En esa época, Barandiaran dejó constancia de su investigación y de sus preocupaciones en toda una serie de textos fundamentales para nosotros, sobre los que profundizaremos a continuación.

El Instituto Vasco de Investigación Ikuska

En 1946, Barandiaran crea el Instituto, que desplegó sus ejes de investigación sobre el poblamiento. Nuestro Museo Vasco fue de nuevo una pieza esencial en esta operación, ya que gracias a sus conferencias y a la formación que se impartían en él, los avances se ponían a disposición del público en general y las valiosas colecciones iban adquiriendo sentido. Me pregunto qué sería de un museo sin investigación y sin relación directa con el público. Un mero contenedor de objetos y una simple base de datos.

Ikuska fue uno de los grandes proyectos de Barandiaran, quien lo articuló de la siguiente manera:

En primer lugar, expuso su proyecto de investigación, cosa que es de capital importancia. Bernard decía con malicia que «cuando no se sabe qué se busca, no se comprende lo que se encuentra». Barandiaran sabía perfectamente qué buscaba y diseñó el siguiente plan: puso su instituto a trabajar en dos direcciones que iban más allá del simple estudio de las formas de vida calificadas como «tradicionales». Por una parte, estas líneas de investigación ahondaban en cuestiones temporales (el origen) y por otra se extendían a la dimensión espacial (lo que supone diversificación). Se pueden formular estas dos direcciones retomando sus textos:

- El pueblo vasco «ha sobrevivido a los grandes movimientos y transformaciones que hicieron desaparecer en Europa Occidental las etnias y el poblamiento anterior a los indoeuropeos».
- El marco de las siete provincias es puramente circunstancial, ahora nos hace falta «buscar también las huellas del hombre primitivo y de su cultura en las regiones pirenaicas, lo que constituye una parte importante del estudio de la Antropología vasca».

El primer número de la revista *Ikuska*, publicado en Sara en noviembre-diciembre de 1946, conformó los principios de esta investigación y estableció los fundamentos metodológicos. La sombra de Wundt y de algunos otros grandes espíritus está muy presente en esta edición. Se trata de captar la dinámica que nos pone en el mundo, hoy en este instante preciso. Asumir nuestra existencia es entrar de la mejor manera posible en esta dinámica.

Voy a intentar a continuación mostrar cómo interpreto esta empresa partiendo de las conversaciones que tuve con Barandiaran y, como telón de fondo, lo que hemos escuchado decir a otros, cosas como que «la cultura vasca es como una flor en un jardín», «nuestras tendencias están escritas en nuestra Historia», «hemos heredado materiales que nos han permitido elaborar nuestra manera de ser, de esta manera y no de otra»... Mi interpretación tendrá una forma arborescente, ya que soy muy «teihardiano» en este asunto.

Imaginemos la aventura humana, la hominización, como si fuera un tronco de árbol que crece. Asoman sus raíces hundidas en la oscuridad de la tierra y sube a través de lo biológico, que es una forma de la vida, de lo animal. Va creciendo bien lentamente, bien a saltos. En un momento dado, hace unos diez millones de años, abandona el estado natural y camina hacia el estado cultural, esto es, hacia la búsqueda colectiva de cómo vivir mejor juntos, de superar la individualidad.

Durante este camino, despliega sus ramas, una de ellas es el mundo pirenaico que, a su vez, no cesa de tomar forma. En el transcurso de los últimos milenios converge hacia nosotros, hacia lo que va a dar lugar a nuestra identidad histórica, cuyo devenir estudiamos. Cito algunos hitos de esa convergencia más reciente, concerniente a nuestro período y que serían los siguientes: la prehistoria, que contempla la emergencia de un poblamiento pirenaico del que son testimonio el euskera y la biología; la protohistoria y el megalitismo que asientan firmemente ese poblamiento en la parte occidental de los Pirineos y de su piedemonte; el siglo III, durante el cual la administración romana aísla la Novempopulania de la Gran Aquitania de Augusto, que se extendía hasta el Loira; el entorno del 630, cuando esa Novempopulania se convierte en la Vasconia norte, diluida durante un tiempo en el reino de Aquitania; el reino de Pamplona, que toma forma en la Vasconia sur con Sancho Garcés I (905-925); el siglo XI, que asiste a la distinción en la documentación entre gascones (vascones de lengua latinizada) y vascos (vascones euskaldunes); el reino pirenaico de Navarra, que persistirá en el tiempo con Sancho el Sabio (1162); la conformación de las siete provincias actuales; las circunstancias que hicieron que los fueros fueran puestos por escrito, la progresiva importancia del *biltzar*, etc. Dicho de otra manera, la rama pirenaica salida de un brote de ese árbol de la hominización, se precisa en Vasconia y se afina en las siete provincias, no dejando de remodelarse. Nada sorprendente pues el árbol significa la génesis de un orden propiamente cósmico. Un orden que es el devenir. Por eso, el único nombre que deberíamos darnos a nosotros mismos sería el de «mañana».

Pero entonces, ¿cómo puede ser que en el transcurso de tantos y continuos remodelamientos sigamos siendo nosotros mismos? ¿Cómo puede ser posible un «país vasco»? ¿De dónde surge nuestro «yo»? Estas son preguntas que Barandiaran abordó. En 1973, iluminaba así una parte de este camino de vida:

Existe un sistema de valores (gizabidea) en cuya base encontramos las respuestas aportadas por el pueblo vasco a los problemas fundamentales y propiamente humanos: ¿quién soy yo? ¿Quién ha decidido la existencia de un ser dotado de razón y de libre albedrío como es el hombre. ¿Con qué objetivo lo hizo? ¿Cuál es su destino? ¿Qué camino ha tomado para realizarlo? Todo esto es la etnia de los vascos, pues existe un pueblo vasco.

Estas grandes cuestiones se aclararon mediante sus encuestas por todo el país. Le proporcionaron una materia de reflexión sobre el continuo remodelado propio de todo ser vivo. Baste como ejemplo sus estudios sobre la cristianización de los signos y de los símbolos populares, o aquellos sobre la emergencia del derecho vasco. Barandiaran los retomó al final de su vida, a lo largo de los cursos impartidos en la Universidad de Navarra, especialmente en su lección número 31. Estas tendencias las indicó a menudo a toda la sociedad vasca, la cual puede ahora preguntarse serenamente qué puede o quiere hacer con ellas, máxime si se tiene en cuenta que estas corrientes no son la única sabia que circula por nuestra particular historia, aquella que

hizo de nosotros un pueblo especial entre otros pueblos también especiales. ¿Nos ayudarán a vivir la actual «transnacionalización»? Como dijo Barandiaran a su manera: lo que ha sido no puede ser revivido, pero sí puede alimentar lo que vendrá.

El que, como Barandiaran, quiera aventurarse en las ramificaciones vivas y en parte fusionadas, de manera que uno puede fácilmente perderse pasando de una rama a otra, tendrá que seguir el proyecto de Wundt que Barandiaran hizo suyo: sumergirse en su propia cultura y cuidar de no perderse en ella. Podrá entonces dedicarse a esa especie de espeleología a la que Teillhard nos invita: sumergirse en uno mismo, caminar a través del hombre para encontrar lo humano y continuara descendiendo en esa noche cada vez más densa de la que sube la savia que lo nutre todo.

Este camino de humanismo fue explicado por Barandiaran desde el primer número de *Ikuska*: lo que describimos como culturas son los frutos de las respuestas a los problemas que jalonan la existencia. Estas respuestas no son más que signos que remiten a representaciones fundadas en la voluntad de actuar, en la intención. Los «hechos culturales» sobre los que tratan nuestros trabajos se inscriben en este marco. El materialismo no hace más que dejarnos por el camino, encerrados en nuestro ego, en nuestra arrogancia. No habla más que del aspecto orgánico del mundo y no del aspecto conceptual, ese que señala el sentido oculto que impregna los estratos profundos de ese poso cultural que descansa sobre el magma de la materia original del mundo.

A mi modo de ver, esta búsqueda de lo humano es la empresa más fascinante de nuestra disciplina. Voy a tratar de explicar esto desde lo que Barandiaran dejó escrito y lo que le hemos escuchado decir sobre este punto. Voy a formularlo como preguntas, ya que Barandiaran siempre nos enseñó a mantenernos a distancia de la pura teoría y de las respuestas que esconden ideologías. ¡Cuántas veces le oímos decir que «hay que discurrir primero con los pies y después con la cabeza»!

Barandiaran asigna a la ciencia etnológica un claro cometido, el de dar respuesta a las siguientes preguntas: «¿Cómo se han creado los hechos etnográficos?; ¿Por qué han tomado esta forma en tal época o en un sitio en concreto?; ¿Por qué se han propagado de una determinada manera y han sufrido estas transformaciones?; ¿A qué leyes obedece su nacimiento, su expansión, su propagación y su transformación?». Así, pone en marcha una obra científica en la que la primera actitud es la sorpresa. Sin curiosidad, sin interpelación, no hay investigación.

¿Quién/Qué?

Hay que elegir e identificar aquello que nos extraña. Se le caracteriza en su circunstancia propia pues, como tantas veces le oímos decir a Barandiaran «no hay texto sin contexto»; y uno se plantea el problema de identificar a los agentes de la interacción.

¿Dónde?

Se estudia la implantación de aquello que observamos, mediante su dispersión, variedad o diversidad, planteando la cuestión del polimorfismo.

¿Cómo?

Se estudia cómo funciona ese hecho, además de para qué puede servir. Englobamos entonces estos datos en categorías superiores, ya que todo hecho complejo cobra sentido en el contexto que lo justifica. Se va construyendo así

un sistema de sistemas hasta llegar a algo mensurable que pueda ser verificado y explicado por la observación.

¿Cómo ha llegado así hasta nuestros días?

Estudiamos las tendencias, los modos y las elecciones hechas, los niveles de expresión. Se precisan las correspondencias y las maneras posibles de aculturación.

La interpretación: ¿cómo ha sido posible, aquí y ahora, este objeto que estamos estudiando?

Barandiaran decía: «Cuando intentamos interpretar un hecho o un dato, tenemos que buscar la idea que lo ha inspirado. En toda obra humana hay un elemento invisible, el fin al que tiende, que la singulariza». Nos sumergimos así en el «mundo de las intenciones», en la voluntad de actuar. Nos acercamos entonces a la dimensión propiamente humana, al insondable misterio del ser.

Biología y arqueología ayudan a caracterizar los primeros momentos de esta búsqueda; más tarde viene el estudio de la lengua, de los archivos, de todo tipo de huellas, de la memoria popular, de todo lo que nos indica el flujo de los cambios que han desembocado en el momento presente, en el instante que constituye el tema de estudio de la etnografía y la sociología, cesando así nuestra disciplina de inscribirse en un presente eterno, ese del que se dice que «siempre se ha hecho así».

No puedo por menos que pensar en Wundt, cuando decía que lo sensorial («lo biológico») presentaba el mundo al espíritu, no siendo este algo añadido sino la actividad que está presente en todos nosotros, una actividad absolutamente libre que construye el mundo representándose como convenga («el alma» no está fuera del cuerpo, dice Wundt). Esa actividad es lo que somos nosotros. Está extraída de la animalidad, llega a nosotros por un proceso de humanización que no tiene nada de abstracto. Esto es lo que dicen las culturas, remiten a ese complejo de recorridos «personalizados» que hacen que seamos personas concretas, no abstractas. Son recorridos que enriquecen la aventura humana, en los que debemos sumergirnos si queremos acercarnos a la esencia de nuestro ser. Es aquí donde se fragua una gran parte de nuestra identidad.

Una vez presentados estos principios, vamos a ver cómo Barandiaran y alguno de sus allegados, por ejemplo Bilbao, construyeron y concretaron esta tarea en un Iparralde que fue durante años faro del gran programa de trabajo del Instituto Ikuska.

1. El equipo: el instituto se componía de varios investigadores que trabajaban por secciones: arqueología (con el propio Barandiaran, Laplace, etc.); geografía (con Lamare); toponimia (con el padre Lafitte); derecho (con Deeschemaecker).

2. El laboratorio: el corazón de esta actividad era el Laboratorio de etnografía y Eusko folklore, establecido entre Sare y el Museo Vasco, donde se clasificaba e inventariaban las observaciones, se organizaban las recopilaciones y se preparaba la difusión y la información.

3. El boletín: el instituto difundió el boletín *IKUSKA-Bulletin de l'institut basque de recherches*, editado en Sare, que dio a conocer los avances de la investigación. Desde 1948, fue financiado por varias instituciones como el Musée de l'Homme, el Institut international d'Archéocivilisation, la Société Préhistorique Française, las universidades de Berkeley, Los Angeles, Helsinki, Estocolmo y algunos particulares.

Société Internationale d'Études Basques

Para este proyecto Barandiaran debió contar no solamente con sus colaboradores de Iparralde sino también con los amigos refugiados que querían resucitar la antigua Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza, junto con su prestigiosa revista *RIEV*, además de relanzar los clásicos congresos de estudios vascos y retomar el espinoso asunto de la universidad vasca. Pero estos entusiastas no tenían preparación como investigadores, parece que muchos no tenían la menor idea de en qué consistía esta actividad. Quien se acerque a los cuadernos personales de Barandiaran encontrará a propósito de esta situación algunos estallidos de furia, comentarios maliciosos y sobreentendidos. Para colmo, hay que tener en cuenta que un proyecto de sociedad de estudios desligado de Hegoalde no podía ser acogido por ninguna instancia ni ser sostenido económicamente, además de darse la circunstancia de que algunos antiguos miembros seguían residiendo allí y muchos pensaban que no se podía decidir nada sin contar con ellos. ¿Qué hacer?

Barandiaran puso fin a las discusiones abordando un montaje que articuló en torno a cuatro ejes:

1. Crear una sociedad cultural bajo control: después de una comida en diciembre de 1947 en casa del señor de Camiña en Donibane, se propuso crear una estructura a partir de la asociación *Gernika* presidida por De la Sota y con Larrañaga y Bilbao como secretarios. Esta asociación era una especie de amistosa «internacional» de irredentos que había sido creada dos años antes en Donibane. Publicaba un boletín. Fue necesario transformarla en «sociedad cultural» bien estructurada, con asamblea general, oficina, cotizantes, etc. Barandiaran se aplicó a la tarea con Bilbao, que había sido universitario y conocía ese tipo de problemas. A pesar de sus reticencias, el sacerdote fue nombrado presidente de la nueva sociedad.

2. Dotar a esta nueva sociedad de un boletín controlado por ella: cambiar el nombre de la asociación no fue fácil, como tampoco lo fue el cambio de fondo y forma del boletín. Finalmente, Barandiaran impuso el nombre de *Eusko jakintza*, del que se editaron siete números entre 1947 y 1957. Esta publicación, que tenía muchos colaboradores de Iparralde, fue absorbida por la actual *Revista Internacional de Estudios Vascos*.

Tantas perturbaciones originaron animadas riñas, los egos estaban al rojo vivo. Hubo cargantes conflictos y rupturas pasajeras. Un ejemplo: aunque Barandiaran había sido invitado personalmente a la conferencia inaugural impartida por el profesor Lafon en la Universidad de Burdeos, se le excluyó. Eso ocurrió en diciembre de 1948, un año particularmente acalorado en debates. Lafon se lamentó ante las gentes de *Gernika* diciendo que él sentía una gran estima por Barandiaran: «su amistad es muy valiosa para mí y hablaré en mi conferencia de sus trabajos como obra del mayor sabio vasco vivo». Este Lafon tuvo en 1962 a Jean Haritschellar como ayudante, sustituyéndole siete años más tarde.

3. La organización de los Congresos de Estudios Vascos: en el domicilio de Ynchausti se decidió que este congreso tendría lugar en Biarritz del 12 al 19 de septiembre de 1948. El presidente Aguirre, que seguía de cerca los progresos del Instituto Ikuska y no escondía su estima por Barandiaran, se puso resueltamente de su lado.

Ynchausti presidió la 10.^a sección del Congreso de Biarritz, que trataba sobre los vascos en el mundo y que dio origen en el Museo Vasco a una sala dedicada al tema de la llamada octava provincia, que tanta importancia tiene en nuestra historia, pero que ha desaparecido en el actual museo.

Este congreso reunió a los mejores vascólogos del momento, a pesar de las maniobras del poder franquista que intentó encarnizadamente sabotear lo que llamaban «la propaganda separatista». Las actas fueron editadas tiempo después por Larronde y la *Société des études basques Eusko Ikaskuntza*. Después vino el 8.º Congreso, que tuvo lugar en el Museo Vasco, además de un pequeño seminario en Ustaritz.

Los congresos tuvieron tal éxito que el régimen franquista quiso imitarlos por su cuenta.

4. La construcción de la universidad vasca

El Congreso de Biarritz reactivó el viejo proyecto de la Sociedad de Estudios Vascos, que se enfrentaba a la hostilidad de Madrid y al desprecio silencioso de París. ¿Cómo podían los exiliados pensar, siquiera imaginar, la posibilidad de una universidad, sin un país organizado y reconocido que pudiera acogerla y financiarla? Pero esta clase de dificultades no arredaban a Barandiaran y sus amigos. Pusieron manos a la obra y el sacerdote redactó un informe que articuló de la siguiente manera:

- Para la parte científica, el «núcleo duro», se apoyó en el Instituto Ikuska que acababa de crear y que controlaba totalmente. Le encargó conformar la parte de investigación en tierra vasca del proyecto.
- Para la parte social, la encargada de la difusión más amplia posible de la información científica, se apoyó en la joven asociación Ikaskuntza Lagunartea, surgida del antiguo grupo Gernika. Movilizó a los vascólogos de todo el mundo y estaba encargada de sostener el proyecto universitario y darlo a conocer.

Barandiaran redactó personalmente dos proyectos que esbozaban la ambición de la estructura universitaria proyectada: Bases para un plan de cultura y Plan de una universidad vasca (esbozo).

Sin embargo, las cosas no fueron sencillas. Las discusiones se sucedían: ¿había que concebir una universidad vasca o en el País Vasco?; ¿cómo debería ser? Todos tenían su opinión, a veces incongruente. Finalmente, se decidió experimentar un proyecto universitario, la Université internationale d'été en Biarritz, que Barandiaran desarrolló con la ayuda de algunos colaboradores como Gavel o el fiel Bilbao.

SARE SE CONVIERTE EN LA ENCRUCIJADA DE LOS ESTUDIOS VASCOS A ESCALA INTERNACIONAL

La actividad de Barandiaran era desbordante. Pensemos que ejercía de cura en la localidad. La víspera de Navidad de 1949 escribió: «Hoy he pasado seis horas escuchando confesiones» en la iglesia de Sare. Continuamente recibía amigos, visitantes (no todos bien intencionados) y gentes de toda índole (incluso judíos perseguidos) llamaban a su puerta. Solo en 1941 había servido, en Bidartia, 281 comidas gracias a la dedicación y buen hacer de su sobrina

Pilar, que no le abandonó nunca. Entre esas visitas hubo numerosos sacerdotes, como el director de Etniker Ander Manterola.

En lo que se refiere a la tarea científica, no solamente hacía falta concebirla, sino también asumirla. Se dedicaba tanto a la investigación como a la organización de la misma. No cesaba de llamar y reunir a sus colaboradores más o menos fiables. Estaba involucrado, a su pesar, en problemas con personas e instituciones. Por sus lecturas y contactos, seguía afinando el estudio de los modos de vida. Daba a conocer esta actividad mediante publicaciones y conferencias que había que preparar y planificar.

Y, por encima de todo, estaba la calidad de su trabajo, que ya desde su llegada en 1936 le había merecido invitaciones para ocupar cátedras en las universidades de Manila y de Columbia. Pero él declinó estas ofertas, porque quería permanecer a disposición de los suyos en su desgracia. Durante su exilio fue continuamente invitado a congresos de alto nivel, entre los cuales cito algunos:

Gracias a una subvención de los Musées de France, fue en 1938 a Copenhague para impartir una conferencia con ocasión del Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, de cuyo consejo permanente había sido nombrado en 1934. Estuvo en contacto con el grupo de Francfort dirigido por el célebre profesor Frobenius. En esa época, mantenía contactos regulares con los profesores Frankowski, Schmidt, Herrman y Bouda, además de con Obermaier, descubridor de Altamira.

En 1941, en Leipzig, dio a conocer los avances en los estudios vascos en prehistoria. En 1946, dio una conferencia en el Royal Anthropological Institute de Londres sobre los estudios etnográficos en el País Vasco. Para otro congreso internacional en Oxford eligió como tema «On the Conservation of Basque People».

En 1947 dio dos conferencias en París, como miembro de la Commission Internationale des Arts et Traditions Populaires. Las reuniones se mantuvieron en el Musée de l'Homme. Una de ellas trató sobre el estado de la investigación etnográfica en el País Vasco. En París también, un año más tarde, participó en el Congrès International d'Archéocivilisations. Allí disertó sobre los símbolos mágicos en el País Vasco. El director, profesor Varagnac anunció que intervenía en nombre de Ikuska, Eusko Ikaskuntza y Aranzadi, una asociación de Donostia/San Sebastián. Y eso en pleno franquismo. También en 1948 fue a Bruselas como miembro de pleno derecho del Comité Permanent des Congrès Internationaux des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques. Pronunció un discurso sobre el estado de las investigaciones prehistóricas en el País Vasco, además de dar una conferencia radiofónica para la BBC, auspiciada por investigadores norteamericanos.

En 1949 volvió a Bruselas para asistir al Congrès de Toponymie. Allí tuvo una curiosa intervención sobre la relación entre la toponimia y la arqueología en el País Vasco. Estuvo acompañado por su brillante alumno Caro Baroja, futuro director de *RIEV*, y por el ilustre Bosch-Gimpera. En 1951, en la sede de la UNESCO, asistió al Conseil Permanent du Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques, lo que le permitió codearse con los grandes nombres de la disciplina, como Rivet, que en aquel momento presidía el consejo.

En esas ocasiones conoció a Rivière, Van Gennep, Bosch-Gimpera, entre otros grandes nombres con los que estableció contactos permanentes. Rivière, director del Musée des Arts et Traditions Populaires de París, alabó públicamente los trabajos de Barandiaran en conferencias internacionales. El diario *La Croix* también. Por primera vez en nuestra historia, mostrando los estudios sobre el País Vasco, nuestro pequeño territorio se colaba en el corazón de las mayores instancias internacionales. Y todo desde la casa Bidartia, en Sare.

Ninguna sociedad de ciencias podría haber esperado tal éxito. En cuanto a la universidad, sus títulos y diplomas fueron los grandes ausentes en una tarea única en su género. Una gran lección y, para nosotros los cristianos, un gran ejemplo.

EL REGRESO A HEGOALDE: UNA PELÍCULA DE AVENTURAS

Cada generación empuja a la anterior. Barandiaran y sus amigos veían que una etapa se acababa inexorablemente y que había que preparar a la sociedad vasca para una nueva fase de su existencia.

Los años 1950 anunciaron el regreso que preparaban los amigos guipuzcoanos de Barandiaran. Con la complicidad activa de la Real Sociedad de Amigos del País, crearon la Sociedad de Ciencias Aranzadi en Donosti/San Sebastián. Allí el sacerdote entró en contacto a su vuelta con tres ilustres discípulos: Ignacio Barandiaran, Juan M.^a Apellániz y Jesús Altuna, quienes a su vez crearon escuela.

La Sociedad Aranzadi fue desde el principio el siguiente punto de mira de Barandiaran. En 1951 envió a su sobrina Pilar a Ataun para construir una casa, que sería para ella, para asegurar su vejez. Para él no tenía nada decidido. De común acuerdo, en noviembre de ese mismo año, decidieron llamar Sara a la nueva casa.

En 1952 el profesor Tovar, rector de la Universidad de Salamanca, toma la decisión, en pleno franquismo, de crear una cátedra de lengua vasca, a la que da el nombre de Manuel de Larramendi. Exigió que fuera Barandiaran quien la inaugurara con un ciclo de doce conferencias, acompañado por el profesor Bouda. Entonces fue cuando el sacerdote decidió regresar, no sin reticencias. Un vecino policía le había advertido de que existía una espada de Damocles sobre su cabeza, en forma de ficha policial en los archivos de la Dirección General de Seguridad en Madrid. Allí estaba tachado de «simpatizante de las ideas judeo-masónicas y de los rojos separatistas». En los años 1980, Barandiaran pidió que esa ficha fuera destruida, cosa que consiguió del ministro Jiménez, en presencia del profesor Tovar.

Pero ocurre la catástrofe. El 16 de enero de 1953 Barandiaran cae gravemente enfermo y sufre dos operaciones, en las que está a punto de morir. Restablecido, el 20 de junio vuelve a Sare y, al día siguiente, participa en la Universidad Internacional de Verano en Ustaritz.

El 20 de octubre de 1953, Barandiaran cierra la puerta de Bidartia y abandona Sare, conducido por el doctor Sansinenea. En Pasajes les esperan Elozegi y Pilar. Ese día escribe: «20 de octubre. Último día en Bidartia. Hace trece años que vivo en Sare. En estos momentos, mi adiós es “*beste bat artio*” (hasta otra), buenos y leales amigos de este pueblo. Hasta la próxima».

Empezaban así para él treinta años de actividad, a lo largo de los cuales reorganizó de manera ambiciosa la investigación y la difusión del conocimiento antropológico. En esta tarea colosal ya no estaba solo, todo un país le acom-

pañaba y le mostraba su reconocimiento dando su nombre a escuelas, plazas, calles y, más tarde, a una fundación.

¿Barandiaran abandonó realmente Sare en 1953? Si abrimos su libro esencial *Mitología vasca*, publicado en Madrid en 1960 con la editorial Minotauro, en la información para el lector, firma así su trabajo: «Sara, Basses Pyrénées, 12 de diciembre de 1959». Parece ser que se fue de la localidad seis años más tarde.

BARANDIARAN Y SU PROYECTO VERDADERAMENTE REVOLUCIONARIO

Barandiaran era muy consciente de los cambios que se estaban produciendo en la sociedad, pero también de la parte de responsabilidad que nos incumbe a todos, a los investigadores en particular, a los que asignaba una tarea muy precisa: comprometernos «con el pensamiento y el conocimiento».

Con el fin de extender y perfeccionar su obra, Barandiaran creó los grupos Etniker. A su alrededor y bajo la batuta de Gurutzi Arregi y Ander Manterola, del Instituto Labayru, conformaron una auténtica «universidad popular». A su muerte, esta universidad se convirtió en itinerante, reuniéndose de provincia en provincia. Es una institución única en su género en la que actúa de la siguiente manera:

- se construye el saber en común, el profesional ayuda al *amateur*. Se rechaza toda relación entre conocimiento y cualquier clase de poder.
- se comparte lo adquirido, sin apropiárselo, se pone a disposición y se devuelve al medio de donde ha salido.
- se exige una calidad máxima que tendrá su reflejo en la imagen que la sociedad vasca tiene de ella misma, confortándola y estimulándola.

Una verdadera universidad que pretende una investigación exigente y, a la vez, ir más allá y un afán por conocerse a uno mismo para mejor llegar a conocer. Esta pequeña universidad itinerante fue reconocida y sostenida por instituciones de las cuatro provincias del sur. Las dependientes del País Vasco norte no se sumaron, bien al contrario, la han ignorado.

¿Habrá que concluir que más vale no contar con las instituciones oficiales y estables? ¿Habrá que pensar que los «profesionales» de la investigación pueden recorrer el camino codo con codo con los *amateurs*, para provecho de todos y de toda la sociedad? ¿El saber no confiere ningún poder, solo el talento y la dedicación cuentan? Que cada cual responda y actúe en consecuencia. Ahora les toca a las generaciones futuras tomar el relevo de este desafío, inventar nuevas vías de conocimiento e imaginar los medios para compartir el saber. Y de hacerlo dentro de su época, de manera lúcida y responsable. La investigación es, por excelencia, un espacio de libertad incondicional y así alimenta nuestras conciencias y nos integra mejor en el mundo.

FINAL Y RETORNO A SARE

Barandiaran nos invita al saber infinito a partir del mundo vasco. Fue el primero de entre nosotros en aventurarse en ese territorio. Nos regaló la medida del esfuerzo. Esto escribió en Sare, el 22 de noviembre de 1941

este investigador rechazado cuyas obras ocupan actualmente veintidós volúmenes:

En la soledad del Erkaitzi [el arroyo que pasa al pie de Ibarsoroberria], hice un bastón cortando una rama de tilo. Después de sentarme en una piedra, me puse a pensar sobre lo que he hecho con mi vida. Creo que me queda todavía mucho que hacer y que estudiar; pero el programa de lo que queda por estudiar es inagotable. Acabaré mi vida y ese programa no se habrá realizado más que mínimamente. Sin embargo, con lo poco que pueda hacer estaré satisfecho y eso basta.

En 1983, tras una gran fiesta en Sare a la que faltó por estar enfermo y delegó en Pilar, se colocó una placa en la pared de la iglesia, junto a la del glorioso Axular. Fue la manera de testimoniarle nuestra gratitud. Y sobre todo nosotros, los que hemos tenido la suerte de conocerle de cerca, de compartir su empresa y de participar, dentro de nuestras posibilidades, en ese florecimiento único de nuestro viejo roble. El trato con ese hombre fue para todos una bendición del cielo.



Figura 6. Reunión de miembros de Etniker en Sara, junto a una escultura que evoca los mitos que Barandiaran estudió.

Termino recordando uno de sus pensamientos, expresado al teólogo José Arregi: «Querría que se me recordase como alguien que ha amado. Lo más importante es el amor entre las personas».

BIBLIOGRAFÍA

- MANTEROLA, A, 1988, *Euskaldunak, la etnia vasca*, 4, Etor, 320 pp.
 BARANDIARAN IRIZAR, L. de, 1976, *José Miguel de Barandiaran patriarca de la cultura vasca*, Soc. Guip. de ediciones y publicaciones, 263 pp.

RESUMEN

José Miguel de Barandiaran y la investigación antropológica en el País Vasco (1936 a 1953)

El artículo se corresponde con una conferencia que tenía por tema la actividad científica que desarrollaba J. M. de Barandiaran (organización de la investigación, publicaciones, congresos...) durante su estancia en Iparralde (1935-1953), y más concretamente en Lapurdi, en el pueblo de Sara (1940-1953).

Palabras clave: exilio; investigaciones; etnología; prehistoria; publicaciones; Eusko-Jakintza; Ikuska; museo vasco; Congreso Internacional de Estudios Vascos de 1948; Sara.

ABSTRACT

José Miguel de Barandiaran and the anthropological investigations in the Basque country (1936 a 1953)

This publication is done from a lecture made in the Musée Basque of Bayonne. The subject was: the scientific activity of J. M. de Barandiaran during its stay in the north part of Basque country (Iparralde, 1940-1953) and more precisely in the town of Sara.

Keywords: exile; scientific investigations; ethnology; prehistory; publications; Eusko-Jakintza; Ikuska; Basque Museum of Bayonne; International Congress of Basque Studies in Biarritz, 1948; Sara town.

